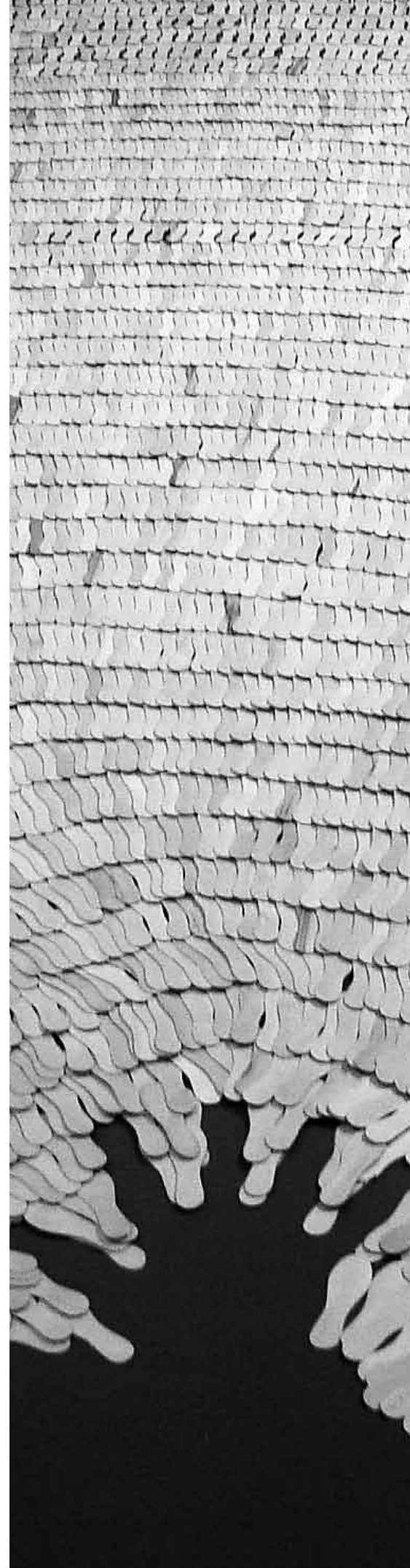


# La imposibilidad de la infancia

Guillermo Espinosa Estrada

EXISTE UNA TENDENCIA casi inevitable por idealizar la infancia. Difícil verla de forma objetiva, intentarlo resulta de mal tono; desmitificarla, incluso reprensible. Gozamos reinventando la infancia porque ahí todo se vale, y porque es una buena manera —al menos una manera inofensiva, cordial, tal vez la única— de sobrellevar el presente. Época de Oro irrecuperable, *locus amœnus* de la humanidad: la infancia no existe. Lo hará el día en que un niño con sus propios medios la haga real y me temo que, en cuanto lo logre, se hará mayor. Los signos, las palabras, el devenir lineal del discurso, poseen ya —les es inherente— una nostalgia similar a la que todo adulto padece por su niñez. Es la representación gráfica y conceptual de algo más grande, más complejo y alejado, que nunca termina por satisfacernos del todo. La madurez es al *locus amœnus* de la infancia lo que la escritura al *topos uranos* de las ideas: un reflejo oscuro y distorsionado, una deformación anhelante. Aun así escribimos, y lo hacemos en ocasiones con el mismo ahínco con el que intentamos recuperar el tiempo pasado, con esa misma desesperación por comprendernos hoy, por saber quiénes fuimos. La infancia sólo adquiere su verdadero sentido en el ahora, y, como toda relectura, evoluciona y se complejiza con nosotros, con la forma en que tenemos de ver la vida. La infancia aquella, la que terminó y de la que dejan constancia los álbumes familiares, es ilegible. Está escrita en lengua muerta, resulta imposible de interpretar.

Me gustaría, ahora, haber guardado un diario entonces; me arrepiento, hoy, de mi involuntaria amnesia de ayer. Estoy dispuesto a ir con un hipnotista y recordar qué fue lo primero que me pareció ingenioso, cuál





Fotografías: Alejandro Arreaga

fue el primer chiste que me hizo reír, recuperar mi primera broma. Abrir la cápsula del tiempo de la niñez y encontrar dentro qué era lo divertido. Me gustaría descubrir muchas otras cosas, pero los motivos de la risa me inquietan particularmente porque un día parte de ese placer se volvió inalienable. Paulatinamente, y de forma irreversible, ese pastel que volaba directo hacia un rostro impávido dejó de ser hilarante para convertirse en patético, casi al mismo tiempo en que empezó a desesperarnos la eterna lucha entre el peatón y la cáscara de plátano o ese bote de pintura que siempre, siempre, siempre, cayó sobre la calva de un anciano venerable. No hablo del mimo, ni del pastelazo en sí, ni me refiero en forma exclusiva a la mala comedia que, por demás, ni a los niños divierte. Hablo de lo irrecuperable, de lo que un día nos hizo reír y ya no volverá a hacerlo, nunca jamás; me refiero a esos *gags* acuñados en dialectos perdidos que ya no nos hablan, que errarán por siempre en el camino hasta nuestro *funny bone* a pesar de haberlo encontrado eficazmente por tanto tiempo.

Mi padre recuerda que a los cuatro años tuvo una epifanía. Aunque sólo me lo ha referido en una

ocasión, lo hizo de tal manera que el suceso tiene una nitidez cinematográfica. Dice que, mientras jugaba con otros niños en un arenero, comprendió, de súbito, que estaba completamente solo en el mundo. Asegura haberse puesto de pie, recuerda con asombro no haber llorado, y reflexionó —tal vez por primera vez en su vida— para descubrir que su padre y su madre no eran parte de él, que sus hermanos morirían, que él era un ser único y autónomo en el universo y, entonces, sintió pavor. No puedo dejar de relacionar este recuerdo infantil con su carácter retraído y reservado. Pareciera que desde su primera niñez mi padre se supo independiente, aislado, y construyó con el tiempo una personalidad que le permitiría sobrevivir. Él siempre me ha dado la impresión de haber dejado de ser niño muy niño, demasiado niño, probablemente porque se quedó huérfano a los veinticinco años de edad. Eso, me imagino, arrebató en automático lo poco que de niño en él quedaba; es un pase directo a la madurez que no es fácil de asumir. Casi al mismo tiempo que morían sus padres, con un año de distancia entre los decesos, nacíamos mi hermana y yo. Sin planearlo, el ciclo de la vida compaginó en ese instante y nuestra existencia

—la de mi hermana y la mía— algo tiene de aquella otra no-existencia; algo de nosotros intentó llenar un vacío, obviamente sin conseguirlo.

En estos tiempos de coerción moral y corrección política es difícil decir algo tan sencillo como que me gustan los niños. Nunca falta el malicioso suspicaz que, tratando de hacerse el chistoso, me lanza miradillas de falsa indignación o complicidad fingida, recurso cómico que considero execrable. Me gustan los niños,

o para no desafiar la ética contemporánea, “disfruto el tiempo que, de forma sana, paso acompañado por infantes”. Y esa afición no sólo es un problema con gente de moral susceptible, también lo es con parejas de padres jóvenes y con casi todas las mujeres cuyo reloj biológico comienza a correr en cuenta regresiva. Ante mi entusiasmo, los padres jóvenes espetan un amargado “¡Cómo se nota que tú no los has tenido!”, y se voltean con una irritación rayana en la histeria. Las mujeres me niegan el derecho a desearlo porque “¡Cómo se ve que tú no lo vas a cargar por nueve meses!”, y me provocan esa “envidia del útero” que al parecer siempre subestimó Freud. Total, que a veces me siento culpable por querer un hijo. Nadie me cree, para todos suena muy fácil decirlo y yo quedo como un idiota que concibe un crío como la última adquisición para su colección de muñequitos de G.I. Joe. Considero irrefutable mi único argumento: ¿por qué mentir con algo así?, ¿qué provecho podría granjearme fingir semejante deseo? La respuesta a estas preguntas es el único crédito que me queda ante mi ansiedad de padre, pero pocas veces tengo la paciencia para convencer a mi interlocutor y casi siempre dejo que se aleje con una idea errónea de mí: que soy un imbécil, un perverso o ambas.

Pero más allá de mi muy biológica necesidad de reproducirme en otro ser humano, y contribuir así al animalísimo instinto de perpetuar la especie, más allá de esto, insisto, también me gustaría tener un hijo porque estoy seguro ahora, aun sin tenerlo, de que sólo experimentando la paternidad se entienden algunas cosas que son, de hecho, muchísimas, y que varias de las que creíamos haber entendido, en realidad, no las entendíamos. Es decir, dentro de todo hay una urgencia fáustica por saber, por experimentar, ensayar; por darme cuenta de cosas básicas, esenciales, primarias, e incluso por conocerme a mí mismo, máxima esculpida en el frontispicio del templo de Delfos, frente





al Parnaso. Porque creo, entre otras cosas, que la infancia, de existir, es la que como adultos apreciamos en nuestros hijos. No es la nuestra, idealizada y por tanto muerta, es la que engendramos en otros y observamos nacer, desarrollarse y morir el día exacto en que al otro comienza a germinarle también la semilla por reproducirse. Tan sincero como terriblemente egoísta, quiero recuperar mi infancia de la única manera en que creo es posible: en la de alguien más.

Por años fui la mitad de una familia DINK —*Double Income, No Kids*—. Fantasía de una generación hedonista, realidad para quienes no confían en las estructuras sociales heredadas, la familia DINK probablemente no lo sea. Lo propongo como antiguo miembro de una, como un convencido de su utilidad y de su conveniencia. La entiendo principalmente como un amasiato entre dos infantes, un simulacro de madurez, una casita en el árbol: una familia en su versión sainete donde la mascota desempeña el papel de hijo y, en ocasiones, incluso las plantas pueden sustituirlo. El formato de la familia DINK es una cristalización del progreso de la humanidad, pero a veces, en más de una ocasión, experimento ante ella el mismo azoro y desconcierto que me provoca un adulto que se ríe de la gordura de un transeúnte o de las encías de una anciana. De eso sólo se pueden reír los niños, y sólo ellos, porque en su concepto de comedia no existe la

responsabilidad, no existe la relación entre el acto y la consecuencia, todo resulta gratuito, azaroso y contingente; aún no hace mella el concepto de lo irremediable. Algo de esto hay en las familias DINK, algo de esta negación trasnochada produce su encanto, así como

su eventual sospecha. Porque debe llegar el día en que descubramos cómo ese pastel que vuela es un golpe edulcorado, tanto como la cubeta que cae del cielo es un relámpago divino que intenta difuminarnos o el plátano la metáfora de un piso que se abre ante nuestros pies y nos devora. La comedia infantil es jugar con la violencia del mundo, es caricaturizar la muerte para sublimarla y poder convivir con ella, hasta asumirla. Entonces deja de ser chistoso, deja de provocarnos risa y afloran los matices de ese campo minado que ante nosotros se extiende y no tenemos otro remedio más que cruzar.

Desprecio a todo autor que, teniendo las agallas de publicar su diario, correspondencia o autobiografía, evade de forma sistemática toda referencia a su vida íntima, principalmente a sus quehaceres como padre o como madre. Por desgracia, son los más. *Octubre 28. Publicaron en los diarios mi artículo sobre poesía de vanguardia; creo que he dado un golpe mortal en contra de tanto conservadurismo. Hoy nació el pequeño Edgar...* Dan la impresión de que, de comentar detalles íntimos u hogareños, su estatura intelectual se vería reducida,

maculada. Me recuerdan mucho a ese malestar que sentía de niño cuando mi madre, frente a la palomilla, me pedía un beso. Esa escena era posible en casa, pero no enfrente del grupo. Así son los escritores referidos: antes que hombres son próceres y qué pena que se asomen por aquí los pañales sucios del nene, que esos se lavan en casa. Torpemente yo, como ellos, creía mostrarme ante los otros como una figura aislada, única, terminada, en la que nadie —mucho menos mis padres— tenían ingerencia. La vida no es así pero qué más da. Hay cosas mucho más importantes que la literatura, tan importantes que, cuando un escritor sin recursos las aborda, se vuelven torpes y comienzan a abochornarnos.

Llamada de larga distancia desde México: acepto. Mi madre que me llama, acusa a papá, lo ha hecho otra vez, la situación es intolerable. ¿Cuándo me convertí en padre de mi propia familia? Comunícamelo. Con el tiempo las fronteras se borran y uno comienza a asumir responsabilidades que, al parecer, o hasta ese momento, no le correspondían. Tu hermana está por la otra línea. Dile que espere. No, mejor que vuelva a llamar. Yo tenía planeado ir al cine. Hoy estrenan la última parte de una saga que he seguido desde hace años, el héroe y yo hemos crecido juntos. Enciendo un cigarrillo e

invoco paciencia, a fin de cuentas no es tan grave, o no es extraordinario, al parecer de esto se trata, la cosa es saber sobrellevarlo. Escucho a mi viejo. Tiene sus motivos, tiene sus razones. Siempre hemos hablado poco, me gusta creer que es porque nos entendemos con rapidez, no hay necesidad de rodeos, vamos directo al grano y lo apoyo: no es fácil vivir con mi madre. Me despido sabiendo que las cosas están bien, o igual que antes, al menos, como siempre han sido y así funcionan. Dentro de todo mis padres ostentan un matrimonio ejemplar. Toma, tu hermana. No, “ya salí”. Demasiado tarde. De igual forma la película ya empezó. He perdido las entradas. **▲▲**

